

Discursos MS. para el Doctorado.

Legajo 2.^o n.^o 41.

81-9-A = n.^o 2

cc. 2572

Memoria (41)

que presenta para los ejercicios

de Doctor

en Medicina y Cirugía

Benito Arroyo y Gil.

1877.



b. 18830729

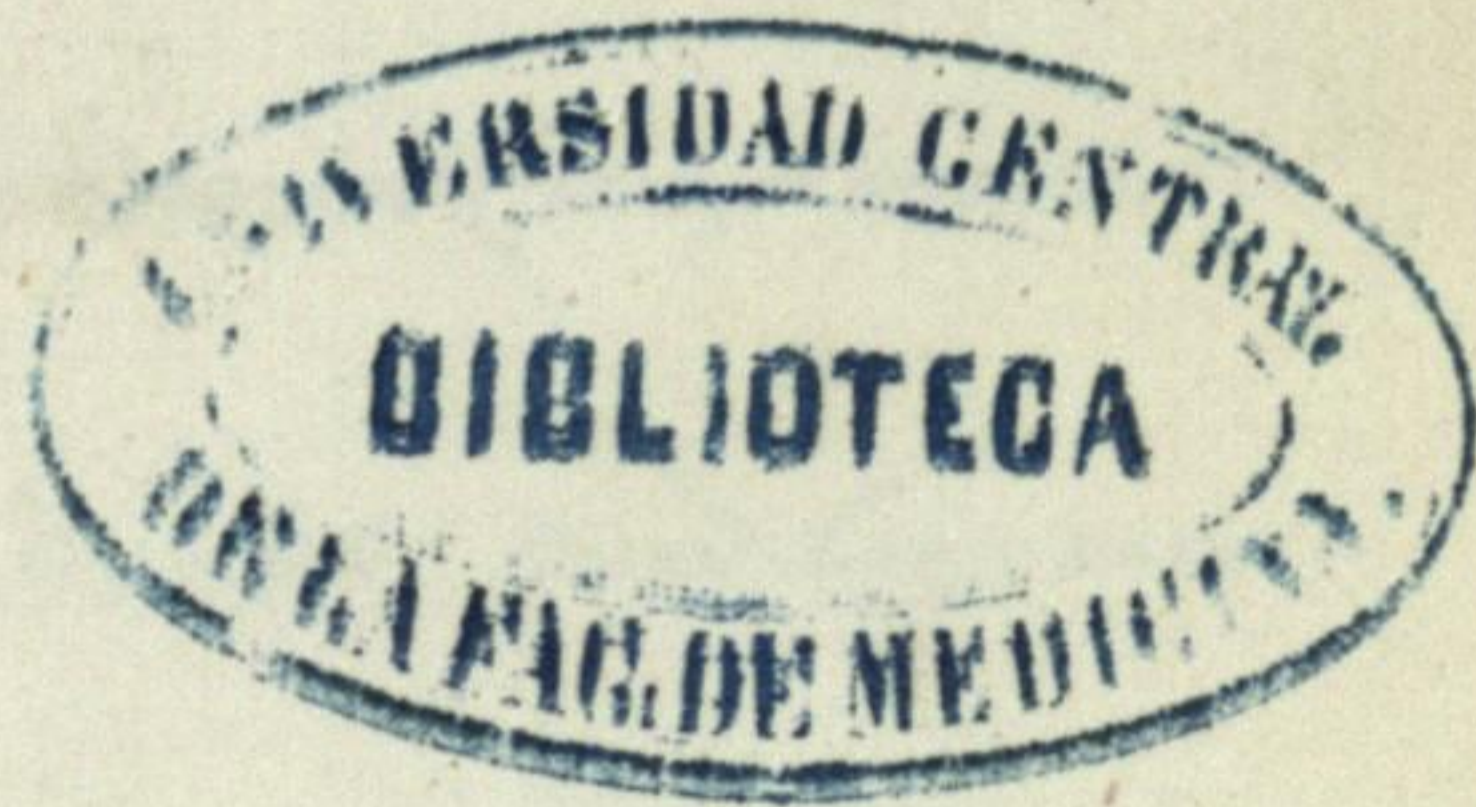


UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315409738

Ultimo Sor:



Un célebre médico, á quien justamente apellidaron el moderno Galeno, escribia hace mas de tres siglos, dando prueba de su superior inteligencia, las siguientes palabras: "No creo tener jamas un conocimiento profundo de una enfermedad cualquiera, si no se positivamente, como si lo viera, cual es el sitio donde tiene su asiento, que lesion de textura la constituye, de donde

proviene; si es idiopática o sintomática o simpática o si está sostenida por una causa orgánica. El que pretenda hacer una medicina racional, obrar con razón, debe conocer a fondo todas estas cuestiones y discernirlas mediante signos ciertos."

Si ahora fijamos por un momento nuestra atención en la época en que así hablaba el sabio médico del Rey Enrique II de Francia, Juan Fernel, y considerando el estado de las ciencias médicas y sus auxiliares, tratamos de apreciar el mérito que encierran sus elevadísimas ideas, de seguro que siendo imparciales no encontraremos palabras propias con que poderlo expresar.

Verdad es, que dadas las condi-

ciones científicas de aquel tiempo, tan brillantes seguramente con relación al pasado y a los medios de que disponían, como distantes de los actuales, la justa aspiración de ese médico ilustre no podría traspasar los límites de la esfera del deseo, en la mayor parte de las entidades patológicas; pero esta imposibilidad, no absoluta, en nada aminora ni destruye el mérito que la corresponde. Estas ideas, disipando entonces multitud de falsas hipótesis y creencias, por no ajustarse al criterio positivista que representaban, envolvían además el más bello porvenir de la Medicina: del profundo y general convencimiento de su verdad, habían de surgir grandiosos adelantos y descubrimientos en el campo de la Patología y la Clínica, el

cual, adquiriendo mayor estension y firmeza, se veria libre del error y la duda en muchos de sus problemas.

Y en efecto ¿ que otra cosa ha sucedido? ¿ No hemos visto á todos los sabios de estos ultimos siglos, y con especialidad á los del actual, que convencidos hasta la evidencia de que no es posible tener una idea cierta y exacta de las enfermedades sin conocer las lesiones materiales que las determinan y las leyes generales y particulares de su evolucion, no han cesado un momento de trabajar por el progreso de aquellas ramas del arbol médico que habian de producir esos frutos? Por ventura los nuevos descubrimientos hechos en Anatomia y Fisiologia ¿ no tienen como principal

razon de ser en su origen la necesidad apremiante con que la Patologia pedia explicacion á muchos de sus problemas y principios, tan oscuros como la misma antigüedad que los sentara?

Cierto, muy cierto, que las ciencias naturales, y sobre todo la Física y la Química, son los agentes directos de esa bienhechora revolucion anatomo-fisiologica que ha tenido lugar en estos ultimos años, pero la fuerza que ha puesto en accion esos poderosos elementos, el móvil principal, ha sido la justicia y la necesidad con que la Patologia y la Clinica pedian datos firmes en que poder basar la explicacion á tantos y tantos fenómenos morbosos como existian ignorados y descono-

cidos en su íntima manera de ser.

Que la Anatomía con sus nuevos elementos de vida, tales como la Stegiología y Elementología, la Histoquímica o Higrología, e Histología ha derramado torrentes de luz sobre la Patología, es una verdad incuestionable. En efecto, conocidas en su forma, composición, manera de ser, de formarse, en las relaciones que mutuamente tienen unas con otras y^a todas las partes de nuestra organización desde los elementos o principios inmediatos hasta su mayor grado de complejidad, como son los aparatos, ya de la vida orgánica, ya de la animal, natural y muy lógico es que sus desviaciones de las leyes generales y particulares a que están

sujetos — pues no otra cosa son las enfermedades — sean exacta y fácilmente interpretadas y juzgadas teniendo presente lo que pudieramos llamar legislación del estado orgánico-animal sano.

Lo propio sucede con la Fisiología, ciencia esencialmente experimental y de observación. Ella diciéndonos la manera detallada de verificarse las funciones, aclarándonos muchos problemas, que los antiguos calificaban de incomprendibles, relativos a determinados actos de la vida, poniéndonos al tanto de algunos movimientos de la materia organizada en las esferas de la normalidad, hace muy explicable los trastornos funcionales que como causa o efecto de en-

fermedades se presentan a la vista del clínico.

Pero no son solas la Anatomía y la Fisiología las que con sus adelantos y nuevos descubrimientos nos han conducido a la adquisición sino completa, al menos, en una gran parte de aquel bello porvenir que tan sabiamente trazara Fernel; la Anatomía Patológica, por una parte, y por otra, la Física, que para bien de la Humanidad y engrandecimiento de la ciencia, ha puesto en manos de los clínicos esos mil aparatos e instrumentos exploradores, con que hoy contamos, deben llevarse muchos de los laureles de esa gran victoria; acaso no son útiles, muy útiles, el oftalmoscopio resol-

viendo los mas oscuros problemas de la oculística; el laringoscopio sorprendiendo a los órganos esenciales de la voz en el intrincado gabinete llamado laringe, y poniendo de manifiesto muchas de sus enfermedades; el estetoscopio dejando percibir con mayor claridad los ruidos que fisiológica o patológicamente se producen en las cavidades cerradas; las diferentes clases de especulums por cuya mediación se exploran con facilidad los órganos mas ocultos; el uteroscopio llevando luz al sombrío santuario de la naturaleza humana, y disipando muchos de sus misterios; el esfigmógrafo acusando con asombrosa exactitud hasta las mas pequeñas variaciones del pulso; el termómetro clínico, más sensible que la mano me-

por educada, determinando los cambios que durante una enfermedad sufre la hoguera orgánica, y finalmente otros muchos cuya enumeración sería prolija?

Pues bien, todos estos instrumentos y los preciosos datos suministrados por la Anatomía patológica deben reunirse con los adelantos de la Fisiología y Anatomía general, y así tendremos el total de factores que han dado por producto que el diagnóstico, punto el más esencial de la Medicina, en razón á sus consecuencias, haya podido salir triunfante de dificultades que los sabios de estos últimos siglos calificaban de insuperables.

La verdad de estas aseveraciones que nadie pondrá en duda, por más

que no falte quien las considere exageradas, puede verse y apreciarse comparando la manera como en la actualidad se explican muchas enfermedades, y la idea que de ellas se tiene en lo que hace relación á su naturaleza, con la manera de interpretarlas y la naturaleza que se las atribuía en los tiempos pasados, sin necesidad de que sean muy remotos, examinando el valor de ciertos síntomas conceptuados tales no hace mucho, y que sin embargo venían pasando como entidades patológicas independientes, analizando punto por punto la significación que tienen las lesiones de textura, dentro de la enfermedad que representan y con arreglo al lugar que ocupan en las modernas clasificaciones,

todo lo que dará la medida para comprender el gran cambio que en la Patología y la Clínica ha tenido lugar.

Pero este cambio ha sido limitado, su virtud regeneradora no ha alcanzado toda la extensión que era de desear, y por eso (triste es confesarlo) aún existen multitud de afectos patológicos cuya raron de ser se escapa a la penetración más profunda y al espíritu más sagaz. La lección, empero, está aprendida, la experiencia habla muy claro, su elocuente voz llega hasta los oídos de aquellos que no quieren oír, la ley del progreso es una verdad, y en este supuesto, todo adelanto, todo descubrimiento, abre las puertas a millares de ideas cuya demostración constituye el porvenir de la

ciencia en cuyo orden tiene lugar.

Por lo tanto aceptemos de buen grado cuantos medios vayan encaminados a este fin, y siempre guiados por el criterio experimental, y apoyados en las firmes bases de la Anatomía y Fisiología normales y patológicas, de seguro que llegaremos a dar cumplida explicación a cuantos problemas se encuentran sin ella.

Afortunadamente, en la actualidad, contamos con poderosos medios de diagnóstico ^e manejados con habilidad y cumpliendo con cuantas reglas exigen su exactitud y precisión nos podrán servir para ver realizadas las dos más justas aspiraciones de la medicina, esto es, dar firmeza y seguridad al diagnóstico de las enferme

dades conocidas y hallar la razón de ser
y el medio de conocer las que se ignoran.

Estos medios son el microscopio
y el reactivo, y firmemente persuadido yo
de su utilidad e importancia voy, Ilustri-
simos Señores, a presentar a vuestra supe-
rior consideración unas cuantas reflexiones
que la pongan de manifiesto. Si el asun-
to que me he propuesto es muy superior
a mis limitados conocimientos no así a vues-
tra reconocida indulgencia y en ella con-
fiado intentaré desarrollar la siguiente
proposición:

"Importancia de las observaciones
microscópicas y de la análisis quí-
mica como medios de diagnóstico."

Cuando la Medicina no contaba
con mas elementos de vida que los débiles re-
sultados de la simple observación de hechos
aislados, cuando carecia de leyes generales
tanto en el orden normal como en el pato-
lógico a que poder sujetarse para la expli-
cación de cualquiera enfermedad o fenómeno
morboso que por vez primera se presentara
a la vista del clínico, cuando la analogía
o semejanza de cuadros sintomáticos era
la base fundamental y única del diagnós-
tico, y se necesitaba, por decirlo así, llevar
fotografiada en el cerebro la imagen de cuan-
tas enfermedades se hubieran visto para, me-

diante un simple juicio de comparacion, llegar a conocer la entidad patológica que se tenia presente, cuando, en una palabra, los conocimientos anatomo-fisio-patológicos actuales estaban en embrión, tal vez ante la idea del microscopio y el reactivo como medio seguro de diagnosticar, hubieran los clínicos retrocedido creyendo que se trataba de una lacura. Pero hoy que muchos procesos patológicos, acaso los mas, son conocidos, no solo en los trastornos mas o menos generales que determinan en el individuo y en virtud de los que llegamos a formarnos la idea de que este se halla enfermo, si que tambien en su intima manera de ser, esto es, en las lesiones de textura que determinan y en los cambios que hacen experimentar a

los órganos, tejidos, líquidos y elementos sobre que tienen su asiento, hoy que merced á esos mismos conocimientos y datos podemos, dado un sintoma, inmediatamente encontrarle su explicacion satisfactoria y racional, y por su sola existencia muchas veces elevamos al conocimiento de la enfermedad que expresa y significa, hoy en vez de rechazar la idea del microscopio y el reactivo como elemento de diagnostico nos vemos, por el contrario, precisados á aceptarla con la seguridad de que sus resultados en la clinica son tan fijos como los principios en que se fundan y digno coronamiento de ese gran edificio que los modernos conocimientos constituyen.

En efecto, si es una verdad que

na de toda duda que existen multitud de enfermedades cuya razón de ser, cuya causa inmediata se halla en las alteraciones materiales y por lo mismo apreciables de los elementos formes de la sangre, tales como las que hacen referencia a su número o cantidad, forma, volumen, &^a, si existen otras dependientes de variaciones en la composición química de ese mismo líquido sanguíneo, ya cuantitativas, ya cualitativas y que se manifiestan por la presencia en algunos productos de secreción y excreción de principios cuya naturaleza y forma es característica, si conocemos algunas que situadas en órganos y tejidos especiales van a determinar su destrucción haciéndoles experimentar cualquiera de las diferentes degene-

raciones conocidas y cuyos nuevos elementos hemos de ver en los líquidos a que dan paso, y ejemplo de esto puede ser el riñon en sus variadas enfermedades, si además hay un número considerable de afectos patológicos constituidos tales por la existencia de seres parasitarios animales y vegetales, como las monas o microscocas, los vibrones, las bacterias, el leptotribucalis &^a todos apreciables en su tamaño y forma, y que obran de distinta manera según el órgano o tejido sobre el que adquieren derecho de domicilio, si finalmente algunas sustancias tóxicas vienen con sus desorganizadoras propiedades a cambiar las cualidades normales de ciertos líquidos, y producir enfermedades que se harán constar mediante un riguroso y

exacto análisis químico ¿ habrá quien dude de la importancia y necesidad de las observaciones microscópicas y de la análisis química como elemento de diagnóstico en todos estos casos que acabamos de referir? ¿ No será justo, muy justo, que el clínico que pretenda obrar siempre conforme a los severos principios de la lógica acuda a esos medios como únicos capaces de afirmar sus diagnósticos y sin los que solo conseguirá aproximaciones más o menos engañosas, pero que al fin distaran de la verdad confirmada? ¿ Acaso los glóbulos de la sangre, los cristales de ácido úrico, de urato de sosa, de oxalato de cal, de colestestina &c.; las descamaciones epiteliales, tubos uriníferos, células transformadas de diferentes maneras según la clase de degenera-

ción que sufre y el tegido a que pertenescan los elementos del pus en sus diversas especies, pueden verse y apreciarse sin el auxilio del microscopio? ¿ Es posible decir con exactitud que las proporciones de albumina, de urea, de esta y de la otra sal, no son las normales que la reacción de este y de aquel líquido está variada, que en la orina, en la sangre, leche saliva, &c. existen cuerpos extraños a su composición ordinaria sin la análisis química correspondiente?

La Medicina no puede sin faltar a sus más esenciales atributos prescindir de ser analítica y, por lo tanto, de dar valor a cada un hecho por particular; y en este supuesto el diagnóstico de una enfermedad cualquiera, para ser completo y exacto en el

grado que los modernos conocimientos exigen, para que pueda ser base cierta de un tratamiento racional, tiene mayor extension, necesita ver cumplidas un número mayor de condiciones de lo que ordinariamente se cree.

No son ya suficientes datos, para formar un diagnóstico, como lo fueron en épocas pasadas, los simples trastornos funcionales, el cambio de ciertos actos vitales, las modificaciones del aspecto exterior, las condiciones de edad, sexo, temperamento y constitucion, las circunstancias de esta o de la otra estacion, de este o de aquel clima, & hoy es necesario, sin perder de vista todos esos datos cuyo valor ni puede ni debe negarse, hacerse de otros más fijos, más en inmediata relacion con la enfermedad de que se trata, considerada en

su su naturaleza, en su causa próxima, aquellos que por decirlo así vengan a ser la prueba matemática de la operacion que en la pizarra de nuestra inteligencia necesitamos desarrollar antes de decidirmos en favor de este o del otro diagnóstico.

Supongamos el caso de una jóven cuyo temperamento es nervioso, cuya vida es poco activa, habitando en un clima cálido, presa de las terribles pasiones de la juventud, excitada su imaginacion por las frecuentes lecturas de novelas, que tienen la propiedad de desgastar y destruir deleitando, y que se nos presenta pálida, sin expresion en el semblante, con las mucosas de los labios y párpados casi blancas, débil hasta el estremo de producirla cansancio y fatiga el

ejercicio mas moderado, con las funciones diges-
tivas desarrgladas, con el sistema nervioso
desencadenado, determinando neuralgias en este
o en aquel órgano, tal vez con desarrglo en la
menstruacion &c. Podriamos en presencia
de este cuadro sintomático, que en verdad no
puede ser mas detallado, asegurar que la en-
fermedad que esa jóven padece es la clorosis
u oligocitemia como la llama Vogel. Nue-
stro juicio, si ese era el que formabamos, seria
cierto en términos de no dar lugar a la duda,
de no ser posible la equivocacion, como conse-
cuencia legitima de haber visto confirmados
cuantos datos hacen relacion con esa enfer-
medad, de haber apelado a todos los me-
dios de investigacion que la ciencia po-
see para estos casos?

Precisamente nos faltan los mas
seguros, los que pudieramos llamar pato-
nomónicos, aquellos cuya existencia bas-
taria a resolver la cuestion, la prueba, en
una palabra, como hace un momento decia.
Es necesario analizar esa sangre, es indispen-
sable, auxiliados del microscopio y el reacti-
vo, persuadirnos del estado de las celulas he-
máticas y del liquido intercelular, como los
llama Virchow, importa ver el número de
los glóbulos, su forma, su volumen &c.
y despues de todo esto es cuando citaremos
autorizados, sin el menor riesgo de error,
a decidirnos en pro' o en contra de la clo-
rosis u oligocitemia.

Pero que se trate de otra enfer-
medad distinta de las que tienen su asien-

to en la sangre, de cualquiera de aquellas que apoderándose de un tejido u órgano especial van á desenvolverse en los elementos que les son propios y peculiares, sea por ejemplo la nefritis parenquimatosa.

¿Quien se atreveria á asegurar la existencia de esa entidad patológica por los dolores mas o menos constantes de la region renal, la hidropesia de marcha especial, la palidez anemia o debilidad, por la alteracion en la secrecion urinaria tal como su densidad, su coloracion, reaccion y aun por la presencia de alguna cantidad de albumina?

¿El clinico que de esta manera obrara, podria retirarse tranquilo de haber formado un diagnostico basado en to-

dos, absolutamente en todos, los caracteres o sintomas que patentizan semejante enfermedad?

No me parece habria quien dude, de lo expuesto que se halla á equivocarse el que solo haga uso de los sintomas que acabamos de referir, pues en este como en el caso anterior, tambien faltan los mas precisos, los mas significativos, los propios del microscopio y el reactivo, los que desempeñando el papel de complemento son siempre de imprescindible necesidad. En efecto, si la variacion en la cantidad, densidad, reaccion, coloracion, presencia de cierta proporcion de albumina, mayor cantidad de algunas sales en la orina no son sintomas ex-

clusivos de la nefritis parenquimatosa,
y en ninguna mas que en esta entidad
patologica se presentan en el sedimento
urinario cilindros fibrosos cubiertos de epi-
telio, bien conservado aunque lardaceo o
libres y llenos de granulaciones y gotitas
de grasa, con mas algunas celdillas epite-
liales redondeadas, segun que se trate del
primero o de los ultimos periodos de esta
enfermedad. No sera sobre necesario, in-
dispensable bajo todos conceptos el em-
pleo del microscopio y el reactivo como
unicos medios de poder llegar al conoci-
miento de esos sintomas caracteristicos?

Mas no se crea que solo en las enfer-
medades que acabamos de referir tie-
nen justa aplicacion tan poderosos ele-

mentos de investigacion, sus buenos resul-
tados, su necesidad y su conveniencia, se
palpan y aparecen de manifiesto en otras
muchas de indole igual y contraria

Consideremos por un momento
que tenemos a la vista un sugeto afec-
tado de una enteritis que no sea la
simple, esto es, que su naturaleza espe-
cial, su especificidad, por decirlo asi, este
constituida por la clase de exudado que
acompaña al fenomeno o proceso flogis-
tico. Serán datos suficientes para la
formacion del diagnóstico diferencial, que
siempre es el mas exacto y por lo mismo
el mas cientifico, la forma, el color, la ma-
yor o menor profundidad de las úlceras,
cuando las hay, el olor que ~~exala~~ la

boca, la reacción ácida ó alcalina de la saliva, las condiciones generales y particulares del sujeto, como edad, sexo, temperamento, género de alimentación, atmósfera en que respira &c. &c. Será posible por estos solos medios llegar al conocimiento detallado de la clase de exudado como condición necesaria para decidirse por esta ó aquella clase de estomatitis?

Por mi parte creo, que considerando las diferencias esenciales de esas enfermedades ó inflamaciones exudativas, en la clase de degeneración que las células epiteliales puedan sufrir en los diferentes seres parasitarios que las producen, y en la mayor ó menor cantidad de fi-

brina que encierra el exudado, en la presencia de esta ó de la otra partícula metálica, en la clase especial de fibrillas ó filamentos que constituyen el armazón de las falsas membranas, y finalmente, en el predominio ó de albúmina, mucina ó elementos de la sangre, mas ó menos descompuestos, no hay medio mas seguro y eficaz que las observaciones microscópicas y el reactivo con los que podremos apreciar todos esos particulares que entrañan una esencialidad de indiscutible claridad y precisión.

Pero al expresarnos de esta manera en los diferentes casos que llevamos analizados, no entra en nuestro ánimo la idea de aminorar el valor

diagnóstico de los demás síntomas que no
sean recogidos por el microscopio y el reac-
tivo o análisis químico, semejante idea se
encuentra tan lejos de nosotros como distan-
te está ella de la verdad; nuestro objeto, lo
que nosotros nos hemos propuesto demos-
trar, lo que queremos decir y lo que es nece-
sario sepan todos los clínicos, es que en el
valor que a cada síntoma le corresponde,
dentro de la esfera de acción que le es pro-
pia, esto es, en la mayor o menor relación
y dependencia que tiene con la causa in-
tima de la enfermedad, con el carácter
particular de su naturaleza, ninguno hay
que pueda igualarse en precisión, clari-
dad y exactitud, a los recogidos por
los medios amplificadores y el reactivo;

pero de ninguna manera esto autorizará
a prescindir de unos y dar la preferencia
a los otros, pues en el conjunto, y no en la
individualidad, hemos siempre de fundar-
nos si queremos que nuestras decisiones sean
firmes y ciertas, como lo exige el interés de
la Ciencia, por una parte, y la huma-
nidad doliente, encargada a nosotros, por
otra.

Aparte de lo espuesto, y continuan-
do en la misma idea del diagnóstico, ob-
jeto principal de este trabajo, y del que
no queremos apartarnos, existe otro concepto
bajo el cual podemos también considerar
de gran utilidad el microscopio y el reac-
tivo, y que viene a ser una comprobación
o ampliación a lo anteriormente dicho.

Esto sabido es de todos, la facilidad con que las enfermedades durante su marcha evolutiva cambian de aspecto y caracter, y se convierten en otras circunstancias en tal o cual nueva entidad patológica con la que la ligan estrechísimas relaciones, tal vez las de causa a efecto; pues bien, todos estos particulares deben estar comprendidos en el diagnóstico, y de tal manera se son peculiares que jamás podrá un clínico decir ha diagnosticado bien una enfermedad cualquiera cuya marcha y desarrollo ha seguido, sino ha tenido presentes estos detalles, si no ha diferenciado con oportunidad de momento cada uno de los aspectos que ha presentado, con arreglo a su naturaleza y demás

condiciones que le son propias.

En este segundo modo de considerar el diagnóstico, en esto que pudieramos llamar continuación del diagnóstico, es también útil, muy útil, el empleo del microscopio y el reactivo.

Supongamos que se trata de una pulmonía, enfermedad que como todos sabemos tiene entre sus diferentes síntomas un grupo de ellos llamados físicos, siendo los más precisos y característicos los esputos, sobre todo, cuando su examen se hace mediante el microscopio y el reactivo, y esto no debe llamar la atención, puesto que si sus cualidades de adherencia, color, forma y consistencia, y todas las demás que podemos

apreciar a la simple vista, son en el mayor número de casos suficientes, no solo para comprender que se trata de esa enfermedad si que tambien para diferenciar sus periodos. ¿no lo han de ser con mayor motivo su composicion, el número y clase de sus elementos y cuantas mas particularidades podemos apreciar por los medios amplificadores y el reactivo, si de estas que son esenciales dependen aquellas variables y poco fijas como todo lo accidental?

Pues que esta enfermedad, en cualquiera de sus periodos o en su terminacion, sufra un cambio, y en vez de pulmonia tengamos otra tal como la tisis caseosa, una de las mas frecuentes ¿se confirmara entonces

el clinico para formar el diagnostico de la nueva enfermedad con la persistencia de la fiebre, con la continuacion de la difnea, pocas fuerzas del enfermo, trastornos gástricos, y tantos otros sintomas de esta clase como pudieramos enumerar? ¿No se vera precisado a recurrir a la expectoracion y a observarla mediante el microscopio y el reactivo si quiere encontrar datos precisos, indicios infalibles del cambio que se ha verificado?

No creo que haya la menor duda en afirmar que tan ineficaces son por si solos los primeros medios como necesarios y conducentes son los segundos, puesto que asi como encontro una de las pruebas mas raras y seguras de la existencia de

la pulmonia en el hecho de estar formados los exputos de una materia fibrinosa amorfa, y multitud de células procedentes de la superficie epitelial de las paredes alveolares, con mas cierto número de elementos formes de la sangre deformados y en principio de descomposicion O_2 , del propio modo en el caso actual no podrá, sin incurrir en peligro de error, asegurar que es la tisis caseosa si el microscopio y el reactivo no le evidencian que el exputo se halla formado por una sustancia homogénea, densa, de color amarillento, debida a la transformacion grasiesta del exudado fibrinoso, si la enfermedad está en el primer periodo, ó bajo la forma de una materia cremosa y puriforme con fibras elásticas, fáciles de

apreciar por su aspecto ondulado y doble contorno, si en el ultimo.

En rason a los diferentes casos que acabamos de analizar, y en los que hemos procurado comprender los variados conceptos que un diagnostico puede ofrecer para ser completo, creemos que con rason se podrá decir que el microscopio y el reactivo son unos poderosos medios de diagnostico, puesto que sin ellos muchas enfermedades pasarian desapercibidas en su principio, marcha y terminacion, si la idea que de ellas hemos de tener ha de ser cierta y confirmada.

Pero no se alarmen los que difieran de nosotros en el modo de apreciar esta cuestion, no crean que al expresarnos

de esta manera envuelven nuestras pala-
bras una acusación á su conducta pasada,
por la indiferencia y aun lo que es peor
por el desprecio en que tenían á las obser-
vaciones microscópicas y á la análisis quí-
mica: tan poco entra en nuestro ánimo el
suponer que las enfermedades perfectamen-
te diagnosticables por esos medios, les fue-
ran desconocidas. La falta de pruebas
que dieran valor práctico á los mil elo-
gios que de esos medios se hacían, el
atraso relativo al progreso de hoy en las
materias que tienen mas íntimo contac-
to con este asunto, les favorecían y justifi-
caban hasta cierto punto su conducta;
mas ya que nosotros imparciales y ajus-
tados en lo que es posible á lo raron

y á la verdad, no tenemos inconveniente
alguno en hablar así respecto al pasado,
abran ellos los ojos á la luz, rompan de
una vez para siempre ese rápido velo de
amor exagerado á la tradición, y se con-
vencieran que, dadas las circunstancias ac-
tuales, y supuesta la exactitud de los co-
nocimientos histológicos y patológicos, no
debe conformarse un clínico en el diagnós-
tico de cualquiera enfermedad con los mis-
mos síntomas, con las mismas pruebas
que serían suficientes en el caso contrario.

¿No es esto lo que observamos, y todos
practicamos sin la menor duda, con cual-
quiera de los demás medios exploradores,
como el oftalmoscopio, laringoscopio &c.

¿Pues acaso esos instrumentos

en su esfera y en sus aplicaciones son
mas exactos, y manifiestan con mas clari-
dad las enfermedades que el microscopio
y la analisis quimica, en aquellas que
son de su exclusiva competencia?

Aceptemos tan poderosos elementos
de investigacion, y con la firme creencia
de que nuestros deseos no seran burlados
cuando hagamos uso oportuno de ellos,
no desperdiciemos ni una sola ocasion
en que poder apreciar sus resultados, y
entonces poseyendo la razon y la prueba,
la palabra y el hecho, veremos lo justo
que es el entusiasmo de aquellos que hace
tiempo estan convencidos de la verdad
que vamos demostrando.

Continuando ahora el exa-

men de las enfermedades en que aparece
necesario y ventajoso el empleo de los me-
dios tantas veces repetidos, y dando un pa-
so que nos conduzca de la Medicina a la
Cirugia, veamos que hay de verdad, que se-
guridad pueden ofrecer al cirujano en el
oscuro diagnostico de los tumores o neo-
plasias patologicas; asunto que ha ocu-
pado mucho a los sabios de estos ulti-
mos tiempos, y sigue ocupandolos, y en
favor del cual se ha trabajado con mas
provecho de lo que algunos creen, en ra-
zon sin duda a su excesiva impaciencia
por averiguar la verdad en todas sus par-
tes. Esto no obstante, todavia existen,
hombres de gran talla cientifica que sin
encontrar nosotros razon que nos explique

semejante eclipse de su clara inteligencia, niegandole una manera rotunda la eficacia y utilidad del microscopio en sus aplicaciones á esta clase de enfermedades; pero, dicho sea tal cual lo sentimos, en esta cuestion, segun nuestro pobre entender andan demasiado ligeros los que así opinan.

En efecto, si la dureza y blandura, el mayor ó menor volumen y peso, la forma esférica ú oboide, el estado rugoso, liso y lobulado, el ser mas difuso ó circunscrito, poseer una mayor ó menor facilidad á la ulceracion, la preferencia por este ó el otro tegido y organo, su constancia en presentarse en tal ó cual sitio del organismo, y en una palabra, cuantos caracteres conocemos con el nom-

bre de macroscópicos, no son esclusivos de ninguna especie de neoplasia, en términos tales que los que corresponden á esta ó aquella ya no puedan presentarse en cualquiera otra; si por el contrario los elementos que constituyen estas entidades patológicas son los mismos, (y en esto no hay excepcion) que los que observamos en el estado normal como propios de tal ó cual tegido; sino hay una sola neoplasia cuyas células y demas partes esenciales no tengan sus representantes exactos en el organismo sano y adulto, (y esto lo tienen perfectamente demostrado los celebres Müller y Virchow); si la anormalidad ó estado patológico de esos elementos que agrupados forman la neoplasia, solo consiste

en cualquiera de las desviaciones que en general preciden a su formación, tales como el error de número o heterometría, error de lugar o heterotropía, y error de tiempo o heterocronía; si en vista de esto solo hay necesidad de comparar los caracteres de los nuevos elementos con los propios de sus representantes o congéneres, para llegar al conocimiento de la clase de neoplasia de que se trata; si además encontramos medios seguros de diagnosticarlas no solo en los caracteres de cada un elemento, si que también en las mutuas relaciones que los unen, en el modo como se agrupan, en el predominio de este sobre aquel, en la forma que afectan constituidos en masa; si sobre los caracteres puramente físicos, tenemos

otros de orden químico, no menos importantes y precisos mediante los que podemos hacer constar la presencia de ciertas sustancias, que por si solas son suficientes en algunas ocasiones para dejar comprender la naturaleza de los nuevos elementos; si finalmente, no se ponen en duda los datos que el microscopio y el reactivo nos suministran cuando se trata de apreciar los tejidos en el estado normal, y se les considera como los únicos capaces de cerciorarnos de todo cuanto haga relación con su textura; habrá quien se atreva a decir que estos medios son ineficaces para el diagnóstico de los tumores o neoplasias patológicas? ¿Es posible, acaso, penetrar en la intimidad de esa nueva masa, uni-

co punto de donde podemos sacar datos
fijos para la diferenciación, por otro camino
distinto del microscopio y el reactivo?

Pero, quizás a esto nos contesten
los que hacen oposición a los medios am-
plificadores, y niegan la utilidad de la
Histología para el estudio de las neopla-
sias, que no es suficiente motivo, el que
cada una tenga su textura propia, y en
su composición entren elementos anatomi-
cos determinados en un todo iguales a los
del estado normal, puesto que la inspección
micrográfica y la comparación no puede
hacerse durante la marcha o desenvolvi-
miento de la enfermedad, y por lo mismo
nos vemos imposibilitados por estos solos
medios para formar juicio acerca de su

naturalera, que en su consecuencia ni es ló-
gico ni mucho menos conveniente dar valor
a un medio de investigación clínica cuya
aplicación no es posible en los momentos
de mayor necesidad.

Mas este razonamiento que
a primera vista parece muy fundado, no
puede dejar de ser sofisticado, y por lo mis-
mo de hallarse merclado de verdad y error;
patrimonio común a todos los de su clase;
pues aquí se confunde la parte y el todo,
se atribuye a la generalidad lo que solo
corresponde a un número determinado, se
deduce la consecuencia de un término par-
ticular, y los resultados han de ser inde-
fectiblemente falsos.

No negamos que hay efectiva-

mente algunas neoplasias cuyo reconoci-
miento histológico es imposible durante
su permanencia en el individuo; pero tam-
bien es verdad que existen otras muchas
susceptibles del reconocimiento expresado,
y entre ellas tenemos á todas las que su
contenido es liquido ó semi liquido de las
que con el trócar explorador de Recamier,
ó el aspirador de Dieulafoy, podemos ex-
traer unas gotas que colocadas sobre la
platina del microscopio, nos haran conocer
su verdadera naturaleza teniendo en cuenta
los caracteres que les son propios.

Ademas, contamos con los tró-
cares sacabocados para aquellos tumores
que siendo sólidos, son mas ó menos
compactos, y por los que podemos propor-

cionarnos algunas aunque pequeñas por-
ciones que oportunamente preparadas nos
pueden servir para conocer su clase y va-
riedad. Bien sabemos que este medio
tiene algunos inconvenientes, pues no siem-
pre la naturaleza de una neoplasia de-
pende de la clase de elementos que la
constituyen, sino de la manera de agru-
parse, de su disposicion relativa, &^a y
estos particulares no pueden apreciarse
en una tan pequeña cantidad; pero esto
no obstante hay algunas en las que sus
componentes son suficientes á caracterizar-
las, por insignificante que sea la parte
que de ella veamos, pues en sus propieda-
des individuales y no en la agrupacion
se encuentran los medios de diferenciarlas.

No se limitan a las referidas, las neoplasias que podemos reconocer durante su desenvolvimiento; existen otras muchas tales como las que en determinadas circunstancias se ulceran, y de las que podemos algunas veces, sin molestia para el enfermo arrancar o extraer una pequeña porcion que observada, al microscopio y tratada con los reactivos correspondientes, nos suministrará tambien datos acerca de su verdadera naturaleza.

Vemos pues que reuniendo y sumando los diferentes casos en que es posible la investigacion con medios simplificados, durante su existencia en el individuo resulta un número mas que suficiente a destruir el sofisticado razona-

miento, de los que combaten a estos auxiliares poderosísimos, y les niegan toda su utilidad e importancia.

Aparte de lo dicho, no cabe duda que el verdadero examen, el aclaratorio hasta la evidencia, el imposible de duda como se tengan presentes los caracteres de los tegidos en el estado normal, es, el que se practica sobre delgadas laminas seccionadas despues de separado el tumor del individuo; y si bien bajo cierto punto de vista este reconocimiento no tiene relacion directa con el diagnóstico, puesto que se hace cuando ya la enfermedad temporal o perpetuamente ha terminado, no es esto tan absoluto que en nada se relacione, pues muy bien sus resultados.

son aplicables a las neoplasias de la misma clase que posteriormente pueden presentarse a la observacion del clinico.

En efecto, si despues de haber reconocido una neoplasia, y vistos y apreciados sus caracteres histológicos, relacionamos estos con los puramente clinicos que hayamos observado durante su permanencia en el individuo enfermo, y la misma operacion practicamos cuantas veces tengamos ocasion, ¿no podremos despues acercarnos con grandes probabilidades al verdadero diagnóstico, aunque para ello no contemos con datos histológicos?

Y si esto es posible y cierto, y no otra cosa hacen los que preferentemente se dedican al estudio de las neoplasias patológicas

¿no son el microscopio y el reactivo la base de sus diagnósticos, a los que no llegarían con tanta exactitud, si hubieran despreciado sus ventajas y utilidades?

Por lo tanto, creemos resulta suficientemente probado que lo mismo en las enfermedades de carácter médico, que en las quirúrgicas el microscopio y el reactivo son medios seguros de diagnóstico, aunque no únicos, ni por si solos capaces para formar el juicio que el médico necesita si ha de decidirse racionalmente al tratamiento.

Pudieramos extendernos en mas consideraciones, aducir un número mayor de pruebas resultantes del análisis riguroso de algunos casos patológicos,

coleccionar y reunir todas las enfermedades en que tienen verdadera importancia y aplicacion estos auxiliares clinicos; pero no creemos que nos conduciria este mayor trabajo a un resultado mas claro y cierto, en el desarrollo de la proposicion que hemos tratado de dilucidar.

En su consecuencia y no haciendo mérito del análisis del pus, de los materiales procedentes del vómito, de las heces fecales, enfermedades parasitarias de la piel, análisis cualitativa y cuantitativa de la orina con el objeto de encontrar azucar, bilis, la mayor o menor cantidad de sales &c de todo lo cual se podrian deducir pruebas en favor de la importancia de las observaciones microscopicas y

la analisis quimica como medio de diagnostico, conduimos este imperfectisimo trabajo diciendo, que si el inmortal Hipócrates no hubiera hecho adelantar la Medicina de la antigua escuela de Cos; si Galeno y sus contemporaneos no hubiesen hecho lo propio con la hipocratica; si los Humanistas y los Arabes trabajando sobre los descubrimientos de los siglos anteriores, nada hubieron agregado; si durante el periodo erudito los medicos celebres de esa época no se hubieran entregado a la experimentacion y trabajos anatómicos, llenando el Mundo médico de nuevas ideas con las que formaron doctrina distinta de la de sus predecesores; si por ultimo en la feliz

época de la Reforma y en el siglo actual,
no hubieran aprovechado los sabios el
raudal de conocimientos que las ciencias
naturales físico-químicas les proporci-
onara, seguramente, no se elevaria ante
nosotros un edificio científico con las
condiciones del presente.

Pues si queremos que la Me-
dicina no interrumpa su histórico movi-
miento de progreso, ni se paralice ahora
que todas las demas ciencias marchan
veloces a su perfeccionamiento, no lan-
cemos de la Clinica el microscopio y el
reactivo.

He dicho =

Madrid Junio del 1877



Benito Arroyo y
Gil